

# ***NOS ESTAMOS MURIENDO, QUEMADOS, FATIGADOS, POR VOCACIÓN.***

**Por Leonardo Molina- Médico Veterinario**

Nuevamente, hoy me dirijo a los lectores para compartir un artículo, pero sin anhelo de alimentar falsos egos. Solo con finalidad informativa e instructiva. Quiero que sea un brote de sinceridad, más bien íntimo, personal.

Hoy en una siesta del mes de abril, a las 15 horas, retirado a meditar en una playa de la costa argentina, me pregunto una vez más si dejar o no mi ejercicio profesional. Aprovecho para agradecer a la colega que tendió su mano para brindarme el ambiente ideal para formar una respuesta. Sería lo mejor para mi salud y la de los que me rodean, me repito. Pero quisiera contarles cómo llegué hasta este punto, como muchos de mis colegas en todo el globo.

Quienes me conocen se preguntarán después de cinco años y medio de carrera, uno de internado en medicina interna en clínica privada, beca estudiantil en el extranjero, dos diplomados, qué sentido tendría tirar todo por la borda... lo repito, afuera el ego. Mi respuesta inmediata es SALUD.

Primero me gustaría comenzar preguntándote, ¿has oído hablar de la fatiga por compasión? Hace diez años te diría que yo desconocía el término, ni siquiera en mi formación de grado fue mencionado, y hoy es parte de mi presente... de mi lucha.

La fatiga por compasión es un desgaste físico, emocional y espiritual que proviene de una extrema empatía por el sufrimiento ajeno, conjunto con una constante convivencia con el estrés de forma crónica. Hasta este punto, te preguntarás qué diferencia existiría con el estrés de la vida diaria. Según estadísticas mundiales tres de cinco veterinarios se suicidan al año, el 10% de muertes en la profesión provienen de colegas que toman su propia vida, siendo un 75% aquellos que trabajan en clínica de pequeños animales. Solo un 4,7% deja el ejercicio profesional antes de profundizar sus síntomas. Es por estas voces apagadas que el tópico me importa, por eso lo expongo, porque lo sufro y lucho a diario.

Existe otro síndrome registrado como Síndrome del Quemado o Burn Out, donde el personal de salud se ve afectado por un estrés físico laboral y emocional, repercutiendo en el desempeño profesional y la autoestima del practicante. El médico, enfermero, o técnico poco a poco pierde interés en tareas cotidianas, siendo su rutina un ejercicio de manufactura en masa, que se repite constantemente. Si no es detectado a tiempo, termina en un trastorno mental de

ansiedad, incluso depresión. Creo que no es necesario aclarar, que durante el tránsito de la actual Pandemia mundial del covid-19, los números se encuentran en aumento.

El síndrome de fatiga por compasión, que se presenta de forma silente en el Médico Veterinario, se atribuye al manejo de animales de compañía. Revisión, diagnóstico, tratamiento, sumado al antropomorfismo del cliente y la traspolación de sentimientos personales por parte del mismo. Esto genera una exposición permanente a estresores externos e internos, como decía mi querida abuela: “la procesión va por dentro”.

Una característica particular que se le atribuye a la medicina veterinaria es la frecuente exposición a la muerte no natural. Es de público conocimiento que la eutanasia, o muerte humanitaria sin dolor, es un procedimiento común, rutinario, pero no exento de secuelas emocionales.

En general un médico psiquiatra, en las palabras del Psiquiatra Víctor Pérez, pierde un paciente al año; un médico veterinario puede afrontar cien procedimientos que termina con la muerte de un animal, de un paciente. El luto de una familia, es una marca que se suma. Todavía recuerdo vívidamente la primera eutanasia que realicé en el año 2015, estaba recién recibido, atendía un paciente ovejero alemán, particularmente cariñoso por ser un cachorro de dos meses y medio; sin vacunas, desparasitaciones, atravesando un cuadro de gastroenteritis hemorrágica y sintomatología nerviosa debido a una infección por el virus del Distemper Canino. Inevitablemente, el caso empeoró de forma abrupta; los signos de pérdida de consciencia, convulsiones a repetición, pérdida de control de esfínteres, pérdida ponderal incluso alimentación asistida, dieron en la eutanasia como una alternativa latente.

“Yo no hago eutanasia”, advertí a mis superiores; no porque estuviese en contra o no creyera en el fundamento de la misma, aún no estaba espiritualmente preparado. Me reconozco como un individuo muy sensible y siempre me encontraba trabajando en ese “defecto” que rotulaba la sociedad. “Pues lo lamento, sos el único médico disponible, y vas a tener que hacerlo de todas formas”. La pésima paga, las escondidas en un sucio garaje para que no me vieran los del ministerio de trabajo por mi estatus de empleado en negro, no tenían peso alguno a la cruda verdad. Solamente yo estaba capacitado para poder realizar el procedimiento; minutos después apagué la luz de un cuerpo ya inerte que una familia había nombrado Onur.

El síndrome de fatiga por compasión se asemeja al síndrome de estrés post traumático por tres fundamentos:

- 1- La re- experimentación del trauma; por las noches como terrores nocturnos, en el día como un pensamiento de ausencia.
- 2- Distanciamiento socio-emocional. La profesión particularmente no está correctamente jerarquizada en el rubro salud, poca gente puede empatizar sobre nuestro trabajo interno, ya que no lo conoce.
- 3- Desarrollo de ansiedad, hiperactividad con una disminución en la productividad de las labores, pudiendo acabar en un trastorno grave de ansiedad, o depresión mayor.

Particularmente algo que atribuyo a la presentación de este síndrome en el ámbito de la Medicina Veterinaria es el hecho de que es un ejercicio profesional privado, lo cual significa que no todos los animales de compañía pueden acceder a una consulta médica, y tratamiento especializado.

En este punto muchos lectores pueden discernir conmigo. Fuera de tener consideración sobre la creciente población de animales en condición de calle, considero que la sociedad no ha posicionado correctamente el significado de la salud y el bienestar animal. Por lo tanto, la salud pública veterinaria no sería beneficiosa para lograr la canonización de este concepto. Ejemplifico lo que escuchamos a diario, repito sin generalizar. La tintura del cabello es más importante en orden de prioridad que la gastroenteritis del cachorro; cambiar el celular resulta imperativo a diferencia de la quimioterapia del gato, en definitiva, es un gato.

La sociedad no comprende aún que tener un animal de compañía es un privilegio, no una necesidad, con sus deberes y obligaciones pertinentes para con su salud (libreta sanitaria), alimentación, estudios anuales, plan de ahorros en casos de eventos inoportunos (accidentes, enfermedades crónicas, muerte).

Es por esa razón que cuando nos solicitan servicios “fiados”, y justifican la negativa como “falta de vocación”, por sobre su falta de respeto hacia el profesional y su mascota, se olvidan que tenemos jefes, una empresa por detrás que nos regula, controla por cámaras y en algunas ocasiones nos descuenta las atenciones que solicitan.

El cliente que te insulta, amenaza, rompe mobiliario, escracha en redes sociales, incluso vandaliza el frente de una clínica veterinaria, JAMÁS puso en consideración todo lo que vivimos a diario por nuestra vocación, por lo contrario, la cuestionan.

Desde que tengo uso de razón he trabajado en negro, jamás regularon mi situación ya que resultaba económicamente muy caro. Ni siquiera puedo identificarme con los superiores de la institución de la cual me veo obligado a ser parte para matricularme. Cada vez que me insultaban como profesional, como estar 12 hs de guardia un día domingo trabajando en una “prestigiosa” clínica de atención

veinticuatro horas y no me pagaban, aquellos a quienes le pago mi colegiatura, no me ofrecían ayuda alguna. En cambio, justificando la inflación que repercute en nuestro país, realizan un aumento de la mensualidad de un 57,9% sin considerar la situación precaria laboral que tienen muchos colegas que NO pueden pagar su alquiler de vivienda, NO tienen obra social, NO pueden pagar aportes jubilatorios.

Trabajo desde muy jovencito, y en el 2013 en el ámbito veterinario. Mis esfuerzos académicos me permitieron comenzar mis estudios con una beca de residencia en el centro del país, y permitirme acceder a una beca de intercambio estudiantil para finalizar mis estudios de grado en el exterior. Todo gracias a una cultura de esfuerzo, mamada en una cuna de una familia trabajadora de clase media. Mis calificaciones me permitieron llegar a una educación formal, sin pensar que luego un sistema corrupto y desmoralizado atentaría contra mi vocación, salud física y emocional; sumado a la incompreensión de los clientes que pretendía ayudar.

“Sabías que de todo lo que estudiás, y el esfuerzo que le ponés, solo vas poder utilizar un 15% en un futuro; la gente no te deja, no hay posibilidades, ni te gastes”. Ese fue el “consejo” profesional de la colega que era mi jefe en 2013. Me llevó tiempo y trabajo interno dilucidar que estaba presente a otros “quemados”, individuos que habían sufrido los mismos malos tratos, y que actualmente lo repiten con alumnos del quinto año, tesistas, o pasantes, antes de que ellos ingresen al mundo laboral inclusive de forma legal.

Es un circuito vicioso, hago lo que mi hicieron a mí, normalizándolo y convirtiéndolo en algo conveniente y usual.

Bajo este amparo vi colegas ser despedidas embarazadas, o simplemente siendo suspendidas en sus labores diarios porque sus jefes se retiraban de vacaciones al extranjero y no les parecía redituable abrir el negocio. ¿Acaso los pacientes en tratamiento no recibirían atención esos quince días, o la colega no necesitaría comer la misma quincena? Obviamente se encargaban de hacer llegar una amenaza clara que no querían escándalos a cambio de una referencia negativa que no le permitiría trabajar en ningún ámbito veterinario de la provincia.

En mi caso particular, un ejemplo común sería ingresar a mi horario laboral a las 17:00 hs, luego de ser atacado por un paciente derivado a estudios radiográficos, abriendo uno de mis dedos en su totalidad (mi herramienta de trabajo) y no recibir atención médica alguna, más que una llamada de tu superior diciendo que podía tomar antibióticos de la farmacia, de prescripción veterinaria, para evitar una infección. Cuatro días más tarde, una empleada administrativa se aprieta el dedo con la ventana del consultorio, termina en una clínica privada, con placa radiográfica

de control y días de reposo. Era lo que correspondía, pero ¿notan la ironía social para con los profesionales de la salud?

Lo digo en voz alta, no me victimizo, no me justifico en mi diagnóstico, pero es necesario visualizar la humillación interna que atravesamos como individuos a diario, para incluso soportar un ataque externo por proyección de un cliente de su falta de juicio y respeto por la salud de su mascota.

Todavía me duele, como una llaga ardiente entrar a trabajar y encontrar una colega, a la cual adoro y respeto por su trayectoria, llorando desconsoladamente porque un propietario le gritó en la cara asesina mientras golpeaba todo a su paso. Su mascota sufrió un paro cardio-respiratorio en un procedimiento en la clínica, posteriormente el propietario pintó el frente de la clínica con insultos sexistas y de lo más degradante jamás imaginados.

Acaso, ¿realmente piensa esta persona que estudiamos 47 materias, nos especializamos de forma privada, es decir, a raíz de nuestros propios ahorros, generando deudas, para asesinar mascotas?...

Nunca cabía la posibilidad de pensar que el ahorro en revisiones médicas (me la encontré en la calle, que va...), la realización de estudios de rutina, hubiesen advertido a tiempo una patología de base que afectaba a su mascota. Aún hoy los tenedores deciden someter a cirugía a pacientes sin estudios de riesgo quirúrgico (análisis de sangre, electrocardiograma, por mencionar algunos), como se realizan de rutina en la medicina humana, hasta para un procedimiento de baja complejidad. Prefieren firmar el consentimiento informado, “arriesgarse” antes de gastar; pero nunca falta la presión constante “pero más vale que no le pase nada porque es como mi hijo”.

Todo este maremoto emocional se traduce en el colega en irritabilidad, aislamiento, agonía interna, pérdida de emoción y desgano social.

Vuelvo a poner en referencia mi voz. Fue difícil para mí el diagnóstico ya que jamás paso inadvertido en mi trabajo, siempre dando el 200%. Mis pacientes eran y son mi prioridad, no tenía hogar, ni posesiones, ni medio de transporte, ni obra social para poder conseguir ayuda. Aun así, seguía invirtiendo lo poco que ganaba para jerarquizar mi práctica profesional diplomándome, a pesar que personas capacitadas me seguían insistiendo que no podía amortizar mis estudios a futuro.

Es hasta el día de hoy que no me arrepiento de las decisiones tomadas y el camino transitado, pero soy consciente que no lo merezco, y jamás me posicioné en un estado de comodidad, sino todo lo contrario luchando siempre por crecer.

Ser millonario NO es el objetivo, famoso tampoco, sino exitoso haciendo lo que uno ama.

¿Qué les pido con este relato gente? Empatía, antes de decidir cuestionar por una vacuna de \$950, recuerda que a una colega que no posee obra social y necesita una consulta psiquiátrica debe abonar \$1600 para remediar un trastorno acumulativo, por un sueño que tenía de joven.

Cuando cuestionas porque vale \$20000 una cesárea de emergencia, en una mascota cuyos cachorros estimas en vender en \$80000. Recuerda que a una colega por un cambio de plan de la obra social que se logró anotar por ser monotributista en su clínica de seguimiento obstétrico le cobraban \$180000 por una cesárea de emergencia. No es cuestión de pensar que es más o menos importante. Es SALUD, es valiosa, es única.

Por eso nosotros enfermamos, nos deprimimos, nos suicidamos. Por identificarnos y amar incondicionalmente el mundo animal. NO nos desquitamos con sus seres queridos, pero ustedes sí, para con nosotros. Por la negligencia en el concepto de tenencia responsable, salud y bienestar animal.

Validozona, sertralina, fluoxetina, quetiapina, tranquilizantes menores, y podría seguir mencionando cantidad de medicamentos que se deben comprar de forma privada muchos colegas para silenciar este síndrome, para que este asunto no ocasione problemas en la vida familiar y/o social.

Hoy nuevamente cuestiono colgar mi guardapolvo, priorizar mi salud, hacer desaparecer este dolor opresivo en el pecho. Para eso estudié otra carrera, durante el mayor mobbing laboral que viví durante el 2017.

Pero hay un hecho infalible: amo incondicionalmente la MEDICINA, ser MÉDICO VETERINARIO. Me lo gané y con honores. Hoy pido al lector que trate de situarse en nuestros zapatos, que conecte con esa empatía que nos enferma, por aminorar y subestimar nuestro dolor... al priorizar y enfocarnos en el sufrimiento de sus seres de compañía.

**M.V. Diplomado Leonardo David Molina.**

**MP 883**